POEMAS DE UN JOVEN QUE NO HA AMADO NUNCA: SEXO SÍ, AMOR NO

David Traumann, PhD*
Keiser University, Latin American Campus
ORCID:0009-0006-5721-3586

Resumen

Como ya han notado varios críticos literarios, el tema del amor en la poesía de Joaquín Pasos es algo elusivo. Aparentemente, Pasos jamás tuvo una relación seria con una mujer de la que se sentía enamorado. Como resultado, sus poemas de amor son sobre mujeres inexistentes, meras figuraciones de su imaginación. En estos poemas, hay unos en que las trata con cariño; se imagina como sería la mujer que idealiza; las describe desde una óptica humorística, no exenta de erotismo; o critica su inherente inferioridad por ser mujer. Pero es en dos escritos en prosa que aflora su misoginia y una actitud de implacable hostilidad. En una ponencia deplora que las mujeres de su tiempo ya no sean prisioneras en su casa, literalmente enjauladas por verjas; en otra se opone a que reciban educación universitaria y opinen en materia de política. Lo que llama la atención es que su exigencia que las mujeres de su clase social fuesen modelos de virtud, católicas, vírgenes hasta el matrimonio y luego madres dedicadas a criar hijos/as y servir a sus maridos, era ya en su tiempo un anacronismo, dado que la posición de algunas mujeres intelectuales nicaragüenses estaba al día con sus contrapartes extranjeras durante la primera ola feminista mundial. Además, contradice radicalmente su estilo de vida personal, en el que es sabido que tenía relaciones sexuales con mujeres pobres, a menudo indígenas o mestizas que trabajaban en las cantinas que frecuentaba, lo cual trae a colación asuntos de etnicidad, clase, poder y género.

Palabras clave: mujeres imaginarias; misoginia; anacronismo.

* David Traumann nació y creció en Brasil, realizó sus estudios de postgrado en EE UU y reside en su país de adopción, Nicaragua, desde 1986, donde ha sido y es docente, traductor e intérprete.

Abstract

As several literary critics have noted, the topic of love in the poetry of Joaquín Pasos is somewhat elusive. Apparently, Pasos never had a serious relationship with a woman with whom he felt himself to be in love. As a result, his love poems are about non-existent women, mere figments of his imagination. In these poems there are some in which he treats them kindly; imagines what the woman he idealizes might look like; describes women from a humorous perspective not exempt of eroticism; or criticises their inherent inferiority. But it is in two prose writings that his misogyny and an attitude of unremitting hostility pours out. In one speech he deplores that the women of his time are no longer prisoners in their homes, literally caged in by iron grilles; in another he opposes the idea that women should receive a university education or express political opinions. What is noteworthy is that his demand that women of his social class be paragons of virtue, catholic, virgins until marriage and thereafter mothers dedicated to raising children and serving their husbands was already in his time an anachronism, given that some intellectual Nicaraguan women were up-to-date and in contact with their foreign counterparts during the first wave of world feminism. Further, it flies in the face of his personal lifestyle, in which he was known to have sexual relations with poor women, often Indigenous or mestizas who worked in the bars he frequented, thus bringing up issues of race, class, power and gender.

Key words: imaginary women; misogyny; anachronism.

POEMAS DE UN JOVEN QUE NO HA AMADO NUNCA:
SEXO SÍ, AMOR NO

El lugar de las mujeres en la Nicaragua del siglo XIX tiene su trasfondo histórico en la larga campaña cristiana para expulsar a los musulmanes de España, y sus raíces se remontan al imaginario del siglo XVI español con relación a las aventuras de los caballeros medievales. Según un historiador citado por Robert Whitaker (2005), los castellanos "mantenían a sus mujeres secuestradas, como los árabes. Una *duenna* o chaperona cuidaba a las mujeres del hogar como si formaran un harén"[1]. Hay que recordar que los hombres que vinieron de España a finales del siglo XV e inicios del XVI eran de la misma generación o solo una generación posterior a los que habían participado en la última y exitosa guerra contra los árabes en Andalucía en 1492. No es casualidad que nombraron Granada al asentamiento que fundaron a las orillas del Mar Dulce*, como es fácilmente discernible hasta el día de hoy, tanto en su trazado como en su arquitectura.

Tampoco es sorprendente que con el paso de los siglos los españoles adoptaron algunas de las prácticas moriscas hacia las mujeres. Los caballeros, sobre los que la gente leía en las novelas de caballería, que eran inmensamente populares, suspiraban por mujeres que vivían encerradas en castillos, ya que era esencial que preservaran su honor y permanecieran vírgenes hasta el matrimonio. Los propios caballeros, sin embargo, eran conocidos no por su castidad sino sus destrezas en el arte de la seducción, en particular cuando se trataba de mujeres de estratos sociales más bajos que el suyo. En sus incesantes periplos jamás se negaban a tomarse un descanso de sus justas para divertirse con alguna doncella que fuese de su agrado[2].

Fue este el fundamento sobre el que descansaba en tiempos de la invasión el mundo imaginario vivido por los hombres españoles con relación a las mujeres, y si seguimos la corriente de pensamiento del poeta Joaquín Pasos, perseveró entre la "nobleza" y el señorío nicaragüense hasta entrado el siglo XX. Para citar a Whitaker, cuya novela histórica está situada en Perú, pero cuya descripción es igual de válida para toda América Latina: "La sociedad estaba organizada de una manera que reflejaba las ambiciones de los caballeros de Amadís [de Gaula] … Los españoles y criollos dependían de los indígenas, los mulatos, los mestizos y los esclavos para su mano de obra y de las mujeres de bajo estrato social – indígenas, mulatas, mestizas y esclavas – para sus conquistas sexuales. Esta práctica era tan común que un escritor del siglo XVIII hizo la observación de que "era considerado una vergüenza no tener una concubina. Sin embargo, los hombres españoles en Perú [Nicaragua] esperaban que sus propias hijas y mujeres permanecieran 'puras' y 'honorables' y exigían que vivieran '*vidas resguardadas*' (énfasis añadido). Las mujeres de élite raras veces se aventuraban a salir de sus hogares a no ser que estuviesen acompañadas por una sirvienta. Dentro de casa, estaban atadas a costumbres derivadas de la influencia morisca"[3].

Con estos breves antecedentes en mente, veamos las variadas perspectivas de Joaquín Pasos cuando de mujeres se trataba. Por contraste con los puntos de vista

ultraconservadores y abierta- mente misóginos que expresa en sus ensayos o conferencias, los poemas que escribió Pasos en que aparecen mujeres (o no aparecen, según el caso) suelen ser juguetones, de un insinuante erotismo, o son meditaciones sobre su propia soledad, incapacidad o renuencia a entablar una relación duradera. El problema no es que 'nunca amó', sino que ensimismado y solitario como era, en rebelión permanente contra los preceptos y convenciones de su clase social, a menudo borracho y siempre lascivo, no parece haber podido emprender una relación seria, mucho menos casarse. Jorge Eduardo Arellano (1968) mantiene, en tono desaprobatorio, que en un momento "su familia le arregla sus cosas personales en casa de su novia de siempre con la que nunca contrae matrimonio. En cambio tiene un hijo con otra … más afín a él"[4]. Siempre según Arellano (2024), esta "novia de siempre fue María Alaniz Vivas; ambos apellidos revelan su linaje oligárquico y al y al parecer hubo aquí un intento de presionar a Pasos a aceptar un matrimonio forzado[5].

* 'Mar Dulce' fue el nombre que los españoles que invadieron a Nicaragua desde el Pacífico le dieron a la vasta extensión de agua dulce conocida hoy como Lago Cocibolca o Lago de Nicaragua.

Pero Pasos jamás iba a permitir que lo atraparan en un matrimonio de este tipo por la misma razón que nunca quiso concluir sus estudios: odiaba que lo presionaran para conformarse con las normas y expectativas sociales. Por lo tanto, sus "amores" son eróticos y de corta duración – relaciones casuales con mujeres
de estatus social inferior al suyo – o platónicos, en el sentido de que tienen lugar con una mujer o mujeres inexistente(s), o sea, con "sombras" o "huecos", como las llama repetidamente en sus poemas. La idea de una mujer cuya presencia es ausencia tiene su génesis en un poema de Pedro Salinas, y llegaría a tener un papel central en la obra de Pasos, en vista de que algunos de sus mejores poemas son precisamente sobre mujeres imaginarias, por definición ausentes[6]. Dicha ausencia, este "vacío", se volvió para él casi una obsesión, hasta el punto que escribió un soneto titulado "Ontología de la sombra", que sirve como propuesta abstracta, una especie de "teoría del vacío" o de la "mujer como sombra".

En los "Poemas de un joven que no ha amado nunca" hay una buena dosis de erotismo, pero parece ser que el poeta no tenía a quien amar, dada su aversión tanto a la alta sociedad granadina como a la creciente clase media, para no mencionar sus opiniones poco halagadoras acerca de las mujeres en general, que consideraba el "sexo débil". Entonces hace de la mujer una abstracción y literalmente la invisibiliza. Es interesante notar que casi no hay retratos realistas de mujeres blancas en la poesía de Pasos, o al menos no las sexualiza (quizá "Imagen de la niña del pelo" sea una excepción que prueba la regla), pero en cambio hay elucubraciones sobre un sentimiento para él hipotético – la posibilidad de amar a una mujer[7].

Pero hay dos textos en prosa escritos por Pasos en los que hace pública su posición "oficial" referente a las mujeres, al menos al dirigirse a los de su clase social. En una pieza fechada en julio de 1932,
despotrica en contra de mujeres con un alto nivel cultural y educativo; en octubre de 1939 ofreció una conferencia en León en la que lamenta que en la moderna Nicaragua de su día, las

mujeres ya no permanecían enjauladas en sus casas. La caricatura que emerge – puesto que por lo grotesco de sus propuestas es imposible tomarlas al pie de la letra – es la de un misógino en cuya poesía la actitud crítica hacia las mujeres se alterna con momentos de relativa ternura, pero que en su vida pública y extraliteraria era un conservador porfiado que tenía algunas ideas bastante explícitas.

En un artículo titulado "El problema de la mujer enciclopédica", reimpreso por Julio Valle-Castillo en el volumen 1 de su edición de la prosa de Pasos, el poeta en ciernes desahoga su indignación en contra del hecho de que en Nicaragua las mujeres, dos siglos y medio después de Francia, estaban adquiriendo una mejor formación. Molière se había mofado en una comedia titulada *Les femmes savantes* (*Las mujeres sabias*, 1672) sobre la supuesta presunción de las mujeres en los albores de la edad de la razón y la ciencia. A Pasos no le daba risa. En un tono inusualmente falto de humor, se queja con amargura de que la mujer ahora utiliza "palabras enciclopédicas" en un despliegue de "sabiduría vulgar", "cree poseer *ideas propias*" (énfasis añadido) y "se impone a sí mismas la vocación de 'mujer de letras'" (62). Pasos niega que las mujeres tengan inteligencia y declara con claridad como concibe su papel en la sociedad: "Ella no es un genio, y es mujer. Y mujer aquí significa … hermosa … joven … novia, esposa, madre" (62) Es una lástima que no nos informa como define mujeres que algún día dejan de ser jóvenes o, peor aún, fértiles.

Luego Pasos exige que la mujer nicaragüense se quede para siempre provinciana, puesto que la mujer moderna "llega a la desesperante conclusión que tiene que acogerse a las ideas extranjeras. Se le aparece el feminismo como una aurora. Se vuelve periodista. Lee la Constitución … " (62). Resulta entonces que el problema real no radica solo en su ultramontano conservadurismo, sino que es de índole ideológica-política: las mujeres se acogen a ideas extranjeras (como si el fascismo de Pasos hubiera sido un invento nicaragüense). Lo que él teme son feministas que se meten al ámbito político, esfera exclusiva reservada tradicionalmente para los hombres. Luego la cosa se vuelve personal, y sigue un ataque *ad feminem* en contra de la historiadora María A. Gámez,* a quien acusa de volverse "tribunicia. Habla, aunque sabe que no será escuchada" (62). En realidad, Gámez fue una figura destacada entre la intelectualidad progresista en la Nicaragua de las primeras décadas del siglo XX, y sí fue escuchada, al punto de llegar a ser miembro de la Academia de Historia y Geografía de Nicaragua. El sordo es Pasos, y en su achaque de furia personalizada la acusa de "amor por lo norteamericano … patente en los momentos de entusiasmos parlamentarios y en las vehemencias de un voto femenino a la última moda yanqui. Hay algo así como un pacto secreto, como una complicidad entre la mujer enciclopédica y el norteamericanismo" (63).

Luego de estas insinuaciones de traición a la patria, Pasos deja en paz a María Gámez y dirige su fuego a denigrar a las mujeres cultas en términos generales. Además de delitos como meterse en política y tener al atrevimiento de reclamar sus derechos (¡entre ellos el sufragio!), las mujeres enciclopédicas practican deportes, bailan, son frívolas y "antirreligiosas snobs", para no mencionar "antagonistas del arte" (¿?) (63).

Exasperado a más no poder, Pasos se hace una pregunta retórica, profunda y verdaderamente existencial: "Qué quiere la mujer enciclopédica?" Su respuesta: "Las prerrogativas del varón". Eso no es permisible porque "el varón se las ha ganado – con su trabajo físico" (63). Entre las profesiones que se caracterizan por exigir un gran esfuerzo físico y que enumera se encuentran nada menos las de "pastor y poeta" (¿?). Es noticia, por supuesto, que escribir poemas sea un esfuerzo físico, y flagrantemente injusto que los hombres obliguen a las mujeres a jugar ciertos papeles en la sociedad, y luego las ataquen por ejercerlos (como en Europa había sucedido y seguía sucediendo con los judíos), puesto que según Pasos, las mujeres no

* Además de ser una mujer que leía, pensaba, hablaba, escribía y tenía opiniones, era hija del afamado historiador liberal Antonio Gámez, quien (como Darío) trabajó de cerca con el gobierno de Zelaya, algo imperdonable desde la óptica conservadora y granadina. Pero su verdadero crimen fue haber escrito una historia de Nicaragua para uso en las escuelas. Tuvo ocho ediciones entre 1896 y 1936 y solo fue desechado con el ascenso de Somoza. La nueva versión, ajustada a la versión vanguardista de los acontecimientos fue escrita por Luis Alberto Cabrales, y también llegaría a prevalecer por unos cuarenta años, o sea, hasta el triunfo de la Revolución Popular Sandinista.

trabajan: ser lo que él quiere que sean – "costureras, modistas, cocineras" – aparentemente no cuenta, en este último caso con la agravante de que "su debilidad ha sido tan grande que a pesar de haber sido cocinera, ¡no es química!" (64). Aquí no queda más que decir que por supuesto es para su propio detrimento, no el de las mujeres, que al parecer ignoraba la existencia de su parcial contemporánea, Marie Curie (1867-1934).

Otro significativo peligro para Pasos, ahora de índole sexual, es que la mujer enciclopédica, al irrumpir en ciertas áreas de actividad hasta el momento reservadas exclusivamente para hombres, constituía una seria amenaza a su hombría. Inevitablemente, vuelve a su habitual idealización y tergiversación del pasado colonial: "La mujer del tiempo del coloniaje español comprendió su papel … Entonces la mujer era la hembra y el hombre el macho; es decir, las ocupaciones genéricas – sobre todo las intelectuales – estaban bien diferenciadas, no como ahora, que la enciclopédica vira hacia la masculinidad y obliga al varón al afeminamiento. La colonia no produjo enciclopédicas, sino madres" (64).

Pero Pasos tenía una inquietud más, la más grave de todas, porque era un proceso que ya iba encaminado, y es que ahora las universidades aceptaban a mujeres, no obstante el hecho de que su presencia era "un azote, una plaga" (64). El resultado de esta invasión de un dominio y prerrogativa eminentemente masculina, fue que se estaban "transforma[ndo] en maestras de escuela, entrando así a los dominios de la educación paternal. Dejan los pañales y el biberón para tomar los libros y el puntero (esto es todo un inmenso problema pedagógico" (64). Para cortar de raíz este problemón, recomienda que "reciban educación femenina las féminas; que aprenda a bordar esta niña", dado que la mujer siempre se sentirá extraña a la erudición" (64). Todo lo anterior de parte de un hombre que, cuando habita otra parte de su multifacética y dividida personalidad, era capaz de despedirse de la escuela secundaria con un largo poema expresando admiración, y a su modo hasta cariño, por la educadora granadina

Carmen Noguera. Tampoco se puede haber atrevido a tratar con semejante desprecio a la poeta, pintora, escultora y promotora cultural María Teresa Sánchez, la anfitriona en ocasión de su ponencia sobre Huidobro.

> Por otra parte, la ignorancia de Pasos es deveras lamentable: no sabía nada o tenía poco respeto por mujeres de la iluminación (Mary Wollstonecraft), del periodo romántico (Jane Austen, Mary Shelley), y todavía más patético, contemporáneas suyas como las poetas Gabriela Mistral y Anna Akhmatova. Son solo una muestra. No hay duda que para los años treinta había millones de mujeres más, en todo el mundo, que superaban con creces a Pasos, si "erudición" es el estándar según el cual se las quiere medir.

Hizo el ridículo una vez más cuando años más tarde celebró el Día de la Raza en León con una charla en la que expone sus teorías sobre el "Origen e interpretación de la mujer nicaragüense"[8]. Pasos, luego de loar de forma extravagante a María de Peñalosa ("ilustre dama … mujer íntegra y maravillosa" (14-15), hija del "magnífico señor Pedrarias Dávila" (13), el duro primer gobernador de Nicaragua**,** afamado por su crueldad, pronuncia lo siguiente: "Nuestras mujeres que vivieron la época del Imperio continuaron la tradición de honor y de virtud enseñadas por doña María de Peñalosa … al estudiar el carácter general de la mujer hispana, encontramos, como base de su personalidad, dos cualidades esenciales: su *limpieza de alma y su limpieza de sangre*. Ellas forman el orgullo, el blasón de la mujer hispana. Limpieza de alma y de cuerpo, espiritual y material, limpieza integral, humana y divina"[9] (énfasis de Pasos).

El baluarte de esa tal "limpieza" era, por supuesto, la religión: "… es preciso, absolutamente necesario para que una dama tenga prestigio social, que su vida sea una continua práctica católica. La base única que presta un verdadero sostén al edificio hermosísimo de la mujer hispana es la religión. Linaje, sangre, virtud, decoro, todas sus cualidades descansan allí"[10]. ¿Y por qué es así? Porque "cuando el castellano luchaba en las montañas contra los indios feroces, su esposa batallaba en los caseríos contra los pecados de los hombres. He aquí el verdadero origen de la fuerza defensora de las altivas españolas… Esa altivez, ese orgullo, si así quiere llamársele, fue un elemento indispensable para la formación de nuestras familias de prosapia"[11].

Con su tan cacareada "prosapia" garantizada por las supuestas virtudes de sus antepasadas, Pasos se dedica a fustigar a las mujeres modernas de su tiempo. La ocupación estadounidense que los conservadores habían añorado tanto trajo consigo algunos daños colaterales indeseados, entre otras cosas, a sus normas de moralidad. Por lo tanto, solían atacar a las mujeres "burguesas" desde una perspectiva "nacionalista", acusándolas de estar bajo la influencia de la cultura estadounidense: "Ahora sí que tienen necesidad las señoritas yanquizadas de nuestra edad modernísima de fingir una distinción que están lejos de poseer. Ahora se estudia en los Estados Unidos, en manuales de sociedad, la manera de adquirir personalidad. Y después, como la civilización yanqui ya no deja tiempo ni para leer, se aprende en el cine. Las damas hispanas son así sustituidas por las actrices de Hollywood," (18) se lamenta con hipocresía el cinéfilo Pasos, dándose

aires de indignación[12].

Pasos también denuncia a la mentalidad liberal burguesa de la generación anterior a la suya por el desastre de la transculturización de la mujer nicaragüense: "Los culpables de este estado de cosas fueron nuestros padres. Ellos destruyeron con sus ideas locamente revolucionarias el gran edificio cultural que levantaron nuestros abuelos los conquistadores" (18)[13].

Y sigue, ahora vertiendo su furia contra los románticos: "Estamos hartos de oír exaltaciones líricas en favor de los deslices femeninos. El siglo romántico fue un siglo hipócrita y solapadamente inmoral. Las libertades que se otorgaron a la mujer fueron simplemente facilidades para el pecado. Queremos que la mujer reivindique su derecho, el derecho perdido en las libertades modernas: su derecho a ser totalmente virtuosa"[14].

Ahora bien, la mujer "totalmente virtuosa" debía estar enjaulada, y si no lo estaba, la culpa era de los cambios en la arquitectura: "Porque la familia hispana era una familia guardada, y la mujer hispana una mujer encerrada: encerrada como tesoro… Nuestras casas coloniales eran casas de pocas puertas, aunque de muchas ventanas. Ventanas enrejadas con fuertes hierros cuidaban el honor de las doncellas… Cuando en nuestras ciudades se cambian las ventanas coloniales por puertas modernas, las mujeres se tornan andariegas. Se acaba la vida de familia"[15].

Ya vimos de donde proviene la costumbre de enclaustrar a niñas y mujeres. Lo que Pasos lamenta con tanta amargura es su gradual erradicación por el empuje de la influencia cultural estadounidense sobre los valores archiconservadores y religiosos de las clases sociales altas, considerando que en Nicaragua, la iglesia católica había apoyado históricamente a un conservadurismo nacional resentido, y actuaba como el bastión de un orden colonial heredado. Quizá Pasos hubiera encontrado reconfortante que la reforma agraria a favor de la élite granadina que tuvo lugar de 1870-1930 resultó en un mayor control patriarcal sobre los cuerpos y la sexualidad de las mujeres, con el propósito de asegurar la legitimidad de los herederos al momento de traspasar sus nuevas o expandidas propiedades privadas, la mayoría de las cuales arrebatadas a las comunidades indígenas[16].

Como sea, la cantidad de hipocresía vertida por Pasos se pasa totalmente de la raya. El hombre que acusa al siglo romántico de haber sido "hipócrita y solapadamente inmoral" y que aquí hace un llamado al retorno (¡en 1939!) a las costumbres moriscas que los españoles trajeron consigo – o sea, el virtual encarcelamiento de las mujeres – fue él mismo un notorio "bohemio", eufemismo para dar a entender que bebía, era dado a atraer chicas de clase baja a su cama y que frecuentaba prostitutas (las que hoy llamamos trabajadoras sexuales). Mimado como niño, llegó a ser un joven apuesto, una especie de *dandy* aristocrático que cualquier joven burguesa hubiera considerado un buen partido, no obstante su situación económica poco envidiable. Pero aparentemente no se interesó demasiado por ellas, y menos todavía por las de su clase social. Lo suyo eran mujeres mestizas e indígenas de estatus social y condiciones económicas muy inferiores

a la suya, lo cual trae a colación aspectos de etnicidad, clase, poder y género.

Elizabeth Dore, en su libro sobre el patriarcado en Nicaragua, describe cómo funcionaba la protección y [el] control sistémico por parte de los hombres mayores sobre las mujeres y hombres subordinados en las esferas públicas y privadas de la sociedad al vincular el "patriarcado desde arriba" (la relación entre hombres terratenientes y sus peones) con el "patriarcado desde abajo" (la relación entre el *pater familias* y su mujer e hijos/as). En ambos casos, el varón mayor mantenía el poder y exigía obediencia; en cambio, ofrecía protección[17]. Como ese control sistémico se expresaba en la esfera política lo demuestra Abelardo Baldizón al citar discursos y escritos de los patriarcas nicaragüenses que comprueban que para ellos la participación de la mujer en la política era considerada literalmente *contra natura*, o sea que era la negación misma de lo que desde su perspectiva significaba ser mujer[18]**.** En lo abstracto, por lo menos, las mujeres estaban asociadas con la moral y la belleza, y al participar en política se arriesgaban a perder ambas, o incluso más: "la virginidad y la pureza"[19] que representaban al ser nada menos que "flores humanas"[20].

Kitsch aparte, el presidente Emiliano Chamorro dejó muy claro en conferencia dictada ante jóvenes colegialas que su máxima aspiración en la vida debía ser la de "candidatas a esposas de los grandes servidores del país", quienes, siendo hombres, sí podían ser "candidatos a la presidencia" (como lo era habitualmente el propio caudillo). La mujer ideal, por lo tanto, debería dedicarse exclusivamente al hogar doméstico, el cual era su "reino"[21]. Victoria González-Rivera cita una proclama del Partido Conservador, según la cual el papel de la mujer debía consistir en ser "modesta… consagrada a los deberes religiosos y sociales de la esfera de vida en la que se encuentra … la hija que vive en obediencia … la esposa que guarda en su corazón las severas palabras pronunciadas por el sacerdote … y vive solo para el ser con quien comparte sus dichas … el ángel de la guarda [del marido] … santa viuda … solitaria monja …". Esta mujer ideal que tenían en su imaginario los hombres del estrato superior ("vírgenes puras y castas") servía entre otras cosas para legitimar la exclusión de éstas de la esfera pública y de la actividad política, que al ser por definición colectiva, siempre conlleva algún tipo de presencia pública[22].

Sin duda lo descrito hasta aquí causa la impresión de que el me- dio siglo transcurrido desde los inicios del gobierno de Zelaya hasta fines de la década de los treinta, fecha de la infame ponencia de Pasos, fue poco más que una larga y oscura época de confinamiento casi carcelario para las mujeres. Afortunadamente, la realidad era otra. Mientras los patriarcas, obtusos como eran, soñaban en las alturas con sus angélicas hembras, en el terreno, con los pies en la tierra, las mujeres nicaragüenses luchaban por lograr su emancipación. Así es que la posición de Pasos es tan risible como triste e imperdonable. Nada en los comentarios anteriores está teñido por el presentismo (la tendencia a juzgar a las cosas o personas que existieron o vivieron en el pasado según los estándares o valores contemporáneos). Ya en su tiempo, la manera en que se expresaba acerca de las mujeres era irremediablemente anticuada, dado que la transformación de le feminidad entre la élite preocupaba solamente a un reducido grupo de oligarcas[23].

Incluso desde un poco antes de la llegada de Zelaya al poder, ya había mujeres organizadas en clubes y asociaciones que promovían el sufragio. En ese momento estaban más o menos a la par con los movimientos sufragistas en Inglaterra y Estados Unidos. Como parte de la separación formal de la iglesia y el Estado durante el gobierno de Zelaya, algunos de los logros alcanzados fueron el matrimonio civil, la educación primaria secular obligatoria para niños y niñas, la posibilidad de divorciarse y de tener un aborto terapéutico. Al menos en parte por la presión que ejercieron, para el año 1908 mujeres casadas ya podían administrar personalmente sus propiedades, reclamar herencias y asistir a la universidad sin un permiso especial del Estado[24].

Hubo también mujeres que fueron destacadas lideresas en la sociedad e incluso la política nicaragüense: en 1922 la poeta María de la Selva Escoto, quien publicaba sus poemas bajo el pseudónimo de Aura Rostand, fue cónsul de Nicaragua en Estados Unidos; en 1924 la feminista Josefa Toledo fue nombrada directora general de instrucción pública; ese mismo año su amiga, Juanita Molina, fue designada viceministra de educación, el primer puesto de gabinete ofrecido a una mujer en toda América Latina (Molina no aceptó). Estos nombramientos fueron hechos por un presidente conservador, Bartolomé Martínez, pero era un chontaleño que llegó a la presidencia por el inesperado fallecimiento de Diego Chamorro, y no provenía ni formaba parte de la recalcitrante oligarquía granadina[25].

Pero ya antes Toledo venía publicando la *Revista femenina ilustrada* (1918), que editó por más de una década. En 1929 fundó otra, *Mujer nicaragüense*, que como el título sugiere, era más abiertamente feminista; en efecto, hubo en los años veinte y treinta varias revistas y organizaciones feministas que se coordinaban con activistas afines en otros países de América Latina, Estados Unidos y Europa. Toledo viajó a Cuba y Estados Unidos, donde se entrevistó con lideresas sufragistas. Con la ayuda de feministas españolas y en particular de la mexicana Elena Arizmendi, estableció en 1936 el Centro Cultural de Mujeres Trabajadoras, capítulo local de la Liga Internacional de Mujeres Ibéricas e Hispanoamericanas (LIMDI), que patrocinaba conferencias públicas sobre la historia y cultura de las mujeres y promovía proyectos sociales[26].

Hablando de conferencias, el punto es que para la fecha de la arenga de Pasos (1939), una considerable minoría de mujeres nicaragüenses ya tenían tras sí un largo historial de tenaz lucha, independiente y atrevida, por sus derechos. Precisamente en este mismo año, en su "Petición Feminista a la Asamblea Constituyente Exigiendo los Derechos de la Mujer como Ciudadanas de la República", escrita por Toledo, las mujeres exigieron "en el nombre de la justicia y la razón … que las mujeres nicaragüenses [tengan] el derecho a) el mismo trato político que los hombres; b) el gozo de la igualdad en asuntos civiles; c) las más amplias oportunidades y protección en el lugar de trabajo; y d) una amplia protección como madres"[27]. Por lo tanto, ya entonces los comentarios de Pasos estaban totalmente fuera de lugar y eran irremediablemente obsoletos; en el mejor de los casos se pueden interpretar como un guiño (o parodia involuntaria) del añejo pensamiento de la Liga de Caballeros Católicos. La sociedad nicaragüense ya venía desde hacía décadas experimentando cambios con relación a la situación de las mujeres, y no solo entre mujeres educadas y de clase media y alta. Elizabeth Dore

demuestra, por ejemplo, que el auge cafetalero de fines del siglo XIX hizo necesario promulgar leyes que les daban derecho a las mujeres indígenas a tener propiedades y heredar tierras años antes de que derechos similares se extendieran a todas las mujeres[28].

Pero también es cierto que, como escribe Juan Pablo Gómez en su libro sobre las batallas culturales que tuvieron lugar en la Nicaragua de los años treinta, "la cultura católica diseñó un orden social para la emancipación de los hombres y la *subordinación de las mujeres*"[28] (énfasis añadido). Siempre según Gómez, "de la efectiva sujeción de los hombres a la 'viril castidad', y de las mujeres al sacerdocio del pudor, dependía en gran medida el posicionamiento de la nación nicaragüense frente a sus enemigos culturales". Que la así llamada 'viril castidad' de los hombres era una broma oximorónica se hace evidente al observar el estilo de vida de Pasos, quién de casto no tenía nada. Pero mucho más importante que los pecadillos personales de Pasos es el hecho de que la iglesia católica ejecutó lo que Gómez llama una "teoría teocrática de la autoridad" que sirvió para justificar la procedencia del poder y estructuró los posibles campos de acción en los que se podía ejercer ciudadanía (21).

Ligado al asunto de la religión y el comportamiento ético está la diferencia entre lo que Pasos aprendió en la iglesia y la escuela – los postulados morales y éticos del catolicismo en su versión je- suita, estricta y casi militar – y su conducta personal. Esta dicotomía está presente también en su poesía, donde cohabitan poemas religiosos serios como "Plegaria contra el egoísmo y el orgullo" y "Resurrección", que son de hecho prácticamente rezos, a la par de poemas de humor erótico como "Canción boba de alcoba", con su graciosa referencia a la eyaculación: "todo el aceite se vierte en los pijamas / de amor", o el "Ferrotipo de una dama", en el que el poeta, de manera algo picante, describe de manera burlona a una anciana que, décadas antes, había resistido los intentos de seducción de su fotógrafo, pero que ahora, al encontrar una vieja foto que de ella había tomado, no resiste masturbarse, o al menos palpar sus partes: "Por eso, cuando el álbum de la familia vieja / abrióse de repente bajo este nuevo sol / usted miró, señora, otra vez tras la reja / y acarició triunfante su seco girasol".

En general, los críticos nicaragüenses se han hecho los suecos con los aspectos eróticos de la poesía de Pasos. Jorge Eduardo Arellano en particular niega reiteradamente que siquiera existe: Pasos "cantaba el amor con ingenuidad", de manera "sana, limpia e inocente", imposible de comparar mismo con el anticuado Cabrales: "En Cabrales el amor es sensual, en Joaquín ingenuo. En verdad, nunca fue un poeta sensual".[29] No hay verdad aquí. Pasos era como cualquier otro joven de su edad, es decir que a menudo (o siempre) pensaba en sexo. Esto es bastante evidente en poemas tales como "Cook Voyages"; "Liebpostal"; "Canción boba de al- coba"; "La Verdulera"; "Tormenta"; "Construcción de su cuerpo" e "Imagen de la niña del pelo", este último prácticamente una descripción de un coqueteo sexual. El hecho de que las mujeres que describe son "irreales, inexistentes, oníricas", como reconoce Arellano (1968), no significa que no sean fantasías sexuales. Esto sin mencionar el erotismo de su lenguaje, el goce que deriva del propio lenguaje como algo sensual. Así que sin duda hay un claro elemento erótico en su poesía; que algunos poetas y críticos, aparentemente desconcertados, se esfuercen por

barrerlo bajo la alfombra es otra cosa.

Lo innegable es que hay una nítida desconexión entre la manera cómo Pasos retrata a las mujeres en lo abstracto-poético y como las trataba en su vida personal, donde mostraba poco o ningún interés por las mujeres de las clases altas y medias (si bien que por razones muy distintas) y consideraba a las mujeres de bajo estrato social como objetos sexuales o mercancía.

Es en esta obvia brecha que encajan las mujeres que no aparecen en su poesía, precisamente por ausentes, inexistentes o invisibilizadas. Puede que la explicación sea sencilla: en su corta vida no encontró, ni en la aldea de Granada ni en el pueblón de Managua, una mujer que llenara sus exigencias de pureza racial, religiosa y sexual (en todo caso, prácticamente imposible). O bien se trata de una dificultad más profunda, en que esta inexistencia, transformada en "ausencia" y filtrada por la misoginia de Pasos es achacada a la mujer "moderna", que queda señalada de culpable por no satisfacer sus estándares, que eran altos, falocráticos y chovinistas.[30]

Con relación al amor como sentimiento, y por lo menos a juzgar por su poesía, Pasos, fluctuaba entre no tomarlo demasiado en serio y el anhelo de encontrar a alguien que pudiera amar. No obstante, como en todo lo demás, se la pasó prevaricando y hacia el final de su vida lo embargó el pesimismo: "¿El amor? Para qué el amor en estos lugares. Sólo sirve para traer al mundo a más gente, más hombres que van hacia la muerte, más mujeres que esperan llorando sobre las tumbas sus propias tumbas. Cada vientre henchido es una sepultura naciente, cada mirada de amor es un recuerdo hacia el fin. ¡No! El amor es muerte"[31].

Notas

[1] Robert Whitaker. *The Mapmaker's Wife* [La mujer del cartógrafo]. Londres: Transworld Publishers, 2005, 35.

[2] Whitaker, 37.

[3] Whitaker, 45. Es este mundo forjado por las costumbres moriscas y sus efectos sobre el imaginario de los hombres españoles de estirpe aristocrática y sus distantes descendientes en los trópicos, siglos más tarde, que Pasos reivindica como suyo y cuyo paso lamenta con tanta vehemencia: ("[la decencia] obligada por las normas de los tiempos caballerescos" (*Prosas*, tomo I, 19).

[4] Arellano (1968). La información que proporciona es confirmada por la poeta Isolda Hurtado, sobrina de Pasos, quien relata que Pasos dejó un hijo, Xavier, nacido en Managua el 17 de junio de 1947, cinco meses después del fallecimiento de su padre. Hizo carrera como médico ortopeda traumatólogo. Su madre fue Alma del Carmen Rodríguez Matus (como se puede ver, son apellidos populares, faltos de toda "prosapia"). Isolda Hurtado, "Homenaje a Joaquín Pasos", *El Correo Nicaragüense*, 1 de sept. de 2014.

[5] Le tomó a Arellano 56 años revelar quien fue la tal "novia de siempre". Habrá tenido sus razones … En fin, la endogamia fue, y hasta cierto punto todavía lo es, la práctica entre las familias de abolengo en Nicaragua. Al casarse casi solo entre ellos, aseguraron la perpetuidad de una estratificación social que en gran medida ha contribuido a preservar su poder económico y, aunque en mucho menor grado, político.

[6] La crucial diferencia, por supuesto, es que la ausencia de la mujer amada en los poemas de Salinas se refiere a una persona verdadera, la profesora de literatura española en Smith College, Katherine R. Whitmore.

[7] El calificativo "mujeres blancas" es necesario aquí debido a que hay algunos poemas que describen mujeres indígenas que comparativamente son "de carne y hueso", aunque sea como fantasías sexuales.

[8] Esta versión, de la que fueron tomadas las citas, fue publicada en 1940 y parece ser una variante de una conferencia que brindó en León el Día de la Raza, 12 de octubre de 1939, para celebrar la invasión del continente por los españoles. Empezó su diatriba bramando que "¡León grita en cada piedra su realidad hispana e imperial!" El título original de la versión aquí citada fue "Interpretación de la mujer hispana durante la época imperial".

[9] *Joaquín Pasos: Prosas de un joven*, tomo I, edición y prólogo de Julio Valle-Castillo, Managua: Nueva Nicaragua, 1994, 15. Emilio Álvarez Montalván cita a Salvador Mendieta, quien presenta como un "clásico estudioso de la mentalidad centroamericana", para quien la mujer es "tierna y delicada, caritativa en todo y para todos." *Cultura Política Nicaragüense*. Managua: Hispamer, (2000), 70.

[10] Pasos, *Prosas*, tomo I, 16. Como señala Mackenzie Cooley, en la Iberia bajomedieval, el concepto de limpieza de sangre sirvió para redefinir lo que significaba ser un verdadero cristiano: ya no se trataba solo de fe, sino que ~~se~~ era también una cuestión de linaje. *London Review of Books*, 14 de dic. de 2023, 42. "Friend or Food?" [Amigo o alimento?] Reseña del libro de Mackenzie Cooley, *The Perfection of Nature: Animals, Breeding and Race in the Renaissance* [La perfección de la naturaleza: animales, cría y raza en el Renacimiento].

[11] Pasos, *Prosas*, tomo I, 17. Tan tarde como 1968 todavía era posible que Arellano considerara esta estrafalaria invectiva como "[el mejor] estudio histórico sobre la mujer nicaragüense". Sin embargo, es alentador que hoy día a la posición de Pasos y Arellano podemos oponer textos como los de la profesora argentina María Lugones (1944-2020), filósofa feminista y crítica social. En su ataque frontal al entendimiento capitalista, eurocéntrico y misógino de género, ella desvela la manera en que está organizado lo que llama el "sistema moderno-colonial de género", específicamente la interseccionalidad de raza, clase, género y sexualidad. Véase María Lugones, "Colonialidad y género". *Tabula rasa*. Bogotá, 9: 73-101, jul.-dic. 2008.

[12] Pasos, *Prosas, tomo* I, 18. Hay un poema titulado "Cuatro", en el que ataca a las jóvenes granadinas de clase media: "Y que pequeña eres con tus cuatro reales / con tus cuatro vestidos hechos en Nueva York". En un 'cuenterete' titulado "La estrella" Pasos las satiriza por su afición por el cine (que además compartía, pero no importa): "Anita necesitaba siempre de un modelo a imitar … Así que fue recorriendo y remedando a cada una

de sus favoritas, desde la Mitzi Green hasta la Anita Page. Se embebía diariamente en las lecturas afrodisíacas de Cine Mundial, Careles, Cinelandia …" Es interesante notar que al final aparece una "estrella macho", lo cual hace que Anita se ponga "unos ojos de Greta Garbo", mientras el macho hace gestos "a la Robert Montgomery" y "Pedrito Ortiz [Pasos] no tuvo más remedio que *sonreír a lo Chaplin*" (énfasis añadido). Véase *El Hilo Azul*, 5.9, 2014, 140-142). Es obvio que estaba consciente de las similitudes en su vida con las del Vagabundo que veía personificado en la pantalla.

[13] Ibid. Luego Pasos cita a Ernest Psichari (1883-1914), seguidor del monarquista Charles Maurras: "Vayamos contra nuestros padres al lado de nuestros antepasados". Aquí Pasos no hacía más que remedar lo que había leído u oído vía Cabrales. Pero también hay un toque de resentimiento hacia su familia, y en particular hacia algunos miembros del clan, como Juan Argüello, quien participó en una rebelión de cinco meses en contra de la corona española como parte de la lucha por la independencia (Belli, 103).

[14] Pasos, Prosas, tomo I, 20. Como un aparte, hay aquí una cierta ironía, dado la vehemencia con que Pasos pretendía ser antirromántico. En realidad, su noción de lo que constituye el romanticismo era superficial y simplista. Entre otras cosas, lo confunde con el liberalismo. Pero es bien sabido que la mentalidad fascista tuvo sus raíces en la noción romántica de la superioridad del sentimiento sobre el pensamiento y que valoró sobremanera las tradiciones culturales de cada país, en reacción a la universalidad cosmopolita-racionalista de la iluminación. Como se puede deducir de los escritos de los vanguardistas, pensaban equivocadamente que el romanticismo se derivaba de la iluminación cuando en realidad adversaba el pensamiento científico y el capitalismo y formaba parte integral de toda la cosmovisión del norte de Europa – en fin, toda la nefasta influencia de la que deseaban proteger su versión de Nicaragua.

[15] Pasos, *Prosas,* tomo I, 21. Más absurdo imposible: la realidad en las primeras décadas del siglo XX era que para conservar la pureza moral y la virginidad, representada por su castidad, a las mujeres se les prohibía socializar con hombres solteros. Un viajero estadounidense citado por Baldizón lo describe como sigue: "En una invitación al cine, se sobrentendía que estaban incluidas las chaperonas, así sea probable que no solo las madres y hermanas vinieran, sino también las tías y primas." No sorprende que un hombre con el apetito sexual de Pasos se rehusaba a someterse a tan engorrosas limitaciones. Lo que sí llama la atención es el grado hasta el cual sentía la necesidad política de dar la apariencia ante los de su clase de defender una convención social – la pureza y castidad femenina – que aborrecía a más no poder. Podemos estar seguros de que casi todo su público – y los hombres en particular – estaban conscientes de la farsa. En la circundante realidad, lo que el patriarcado nicaragüense percibía como una clara amenaza era un deleite para las mujeres, en particular las de las generaciones más jóvenes, quienes se sentían literalmente prisioneras del entorno moral intolerante en el que se veían obligadas a vivir. En los años veinte y treinta alegremente hicieron suyas prerrogativas sociales estadounidenses en materias tales como la vestimenta y hábitos como fumar, beber, bailar y participar en deportes.

[16] Elizabeth Dore. *Mitos de modernidad: tierra, patronaje y patriarcado en Granada, Nicaragua*. Trad. Francis Kinloch. Managua: IHNCA-UCA, 2008, 96.

[17] Dore, 15.

[18] Abelardo Baldizón. *Conflicto político e ideología en Nicaragua (1821- 1933)*. Managua: 400 Elefantes, 2018, 164.

[19] Baldizón, ibid.

[20] Diputado José María Silva, citado por Cuadra Pasos en Baldizón, 165.

[21] Baldizón, 166. Estas ideas no eran exclusivas de la provinciana Nicaragua. En la Alemania nazista las mujeres estaban consignadas a las 3 K: Kinder, Küche, Kirche (niños, cocina, iglesia).

[22] Baldizón, 167. Emiliano Chamorro escribió en su autobiografía que los conservadores querían que las mujeres continuaran recibiendo una educación religiosa, como había sido el caso durante la época colonial, y que siguieran la doctrina católica con relación al matrimonio, divorcio y procreación. Victoria González-Rivera. *Before the Revolution: Women's Rights and Right-Wing Politics in Nicaragua 1821-1979* [Antes de la revolución: los derechos de la mujer y la política de derecha en Nicaragua 1821-1979], 28.

[23] González-Rivera, Victoria. *Before the Revolution: Women's Rights and Right-Wing Politics in Nicaragua 1821-1979.* University Park: The Pennsylvania State University Press, 2011, 41-42.

[24] González-Rivera, 32.

[25] González-Rivera, 34. En 1933, la profesora Toledo dedicó su libro, titulado *Puntos críticos sobre enseñanza nicaragüense*, una colección de ensayos escritos entre 1907 y 1928, al "Exmo. Señor Bartolomé Martínez, Presidente de Nicaragua 1923-1924". Fue su manera de agradecer que Martínez había ordenado al Ministerio de Educación aceptar como válidos los diplomas otorgados por la escuela para señoritas dirigida por ella y otras mujeres. Un pequeño gran paso en la historia de la educación en Nicaragua, un claro avance hacia la emancipación de la mujer – y por eso objetado con vehemencia por Pasos y otros varones de la oligarquía granadina.

[26] Según González-Rivera, en las primeras décadas del siglo XX, el tema del sufragio femenino acaparó la atención del público nicaragüense. La antes mencionada María Gámez, contra quien Pasos lanza sus dardos, fue una distinguida feminista nicaragüense de la primera ola del feminismo mundial. En 1932 Gámez escribió personalmente al almirante Clark H. Woodward, el hombre de más alto rango de las fuerzas de ocupación, argumentando que nada en la Constitución específicamente prohibía el sufragio por parte de las mujeres (de ahí la rabieta de Pasos – una mujer se daba al trabajo de leer la Constitución y, peor aún, sacaba sus propias conclusiones). La petición fue rechazada por el almirante, causando que Gámez se correspondiera con Doris Stevens, presidenta de la recién establecida Comisión Interamericana de Mujeres, ante quien se quejó de la actitud del almirante, pero principalmente de la "ley McCoy", obra del General epónimo encargado de supervisar las elecciones de 1928 y quien no se preocupó por asegurar que las mujeres pudieran votar, algo que ella consideró "imperdonable en un americano, dado el grado de cultura los norteamericanos tienen con relación a los derechos de la mujer". En fin, la falta de voluntad de los dirigentes de la ocupación estadounidense, quienes representaban un país en que las mujeres podían votar desde 1920 y que supuestamente apoyaba este derecho también en el exterior, postergó el derecho al voto de las mujeres nicaragüenses. Cuando finalmente sucedió, en 1955, la revista *Ala femenina* no olvidó a María Gámez, y fue celebrada junto con María Cristina Zapata y Josefa Toledo como "pionera del feminismo nacional". Por supuesto que mujeres como Toledo y Molina también eran liberales, y el gobierno de Anastasio Somoza fue bastante receptivo a sus ideas. La esposa del presidente, Salvadora Debayle de Somoza, conocía personalmente a Toledo debido a que su padre, el Dr. Luis H. Debayle, fue amigo de la líder feminista. En una ponencia ofrecida en 1933, Debayle dijo que "[en Nicaragua] tenemos farmacólogas, docentes y doctoras de las que nos enorgullecemos. Encontramos que cada día más niñas buscan una educación como arma para enfrentar la vida y no, como antes, esperar que el matrimonio resuelva sus problemas" (González-Rivera, 43). Su hija Salvadora Debayle llegó a ser presidenta honoraria de la LIMDI. Volviendo al sufragio, los resultados fueron menos halagadores. En las elecciones de 1928 y 1932, organizadas y supervisadas por las fuerzas de ocupación estadounidenses, la prioridad era garantizar el triunfo de los candidatos liberales Moncada y Sacasa, con los que habían llegado a una entente, no prestar sus buenos oficios para que la mujer nicaragüense pudiese votar. Ya en tiempos de Somoza García, el Partido Liberal Nacionalista (PLN) se enemistó por un tiempo con la iglesia católica al declarar en la nueva Constitución (1939) que el Estado nicaragüense no tenía religión oficial. Como ya se mencionó, la iglesia era aliada histórica del Partido Conservador, por lo cual los Somoza temían que al permitir que votaran las mujeres, muchas de ellas, bajo la influencia de sus confesores, votarían por candidatos conservadores. Este temor, que a la postre resultó infundado, retrasó el sufragio de la mujer por casi dos décadas (González-Rivera, 46-47).

[27] Citado en González-Rivera, 45. Es cierto que la nueva Constitución no les otorgó a las mujeres el derecho al voto, pero la suerte estaba echada. Las sucesoras de Aguerri se unieron al Partido Liberal de Somoza y no dejaron de presionarlo hasta que (¡por fin!) promulgó la ley dándole el derecho al sufragio a las mujeres.

[28] Dore, 15, y en mayor detalle, 34. En un ensayo producto de una minuciosa investigación y titulado "Propiedad, hogares y la regulación pública de la vida doméstica: Diriomo, Nicaragua, 1840-1900", Dore demuestra como el advenimiento de la propiedad privada alteró de manera significativa los arreglos entre los géneros al expandir los derechos de las mujeres a la tierra y la incidencia de hogares encabezados por mujeres, acentuando aún más una ya existente tendencia hacia una preferencia por relaciones no matrimoniales. Por otra parte, estas mismas leyes las obligaban, juntos con sus hijos/as, a estar disponibles como mano de obra barata bajo el sistema de peonaje por deudas, una especie de semiesclavitud. Otra desventaja de las leyes liberales es que las mujeres eran consideradas prácticamente "propiedad mobiliaria" de sus maridos. En los juzgados las mujeres casadas eran invisibilizadas, puesto que no se les permitía hablar. Debían mantener silencio, y dejar que sus maridos hablaran por ellas (102-103).

[29] Muchos años más tarde, Arellano se tomaría una cita de la *Historia de la literatura latinoamericana* de José Miguel Oviedo como epígrafe a uno de los capítulos de su reciente (2024) libro. Concluye con la

siguiente descripción de la poesía de Pasos: "solar y líquida, *carnal* y delicada" (énfasis añadido). Así está mejor.

[30] De todas maneras, Joaquín Pasos fue un macho típico de su clase, y su comportamiento nos recuerda lo que escribió Freud acerca de hombres que padecen del complejo virgen-prostituta: "Donde tales hombres aman, no tienen deseo, y donde desean no pueden amar." Baldizón cita a E. Bradford Burns, quien escribe que los patriarcas ricos disponían libremente de las mujeres al servicio de su familia y/o que vivían en sus propiedades, para satisfacer sus apetitos sexuales. Como siempre, se esperaba de las mujeres que fuesen buenas católicas, esposas fieles y madres amorosas (Baldizón, 112). Carlos Vilas hace uso de las genealogías granadinas para demostrar que era común que los hombres tuvieran dos o tres hijos/as con sus esposas, pero otros seis o siete fuera del matrimonio, a menudo con mujeres indígenas o mulatas. Incluso era normal que los reconocieran y que poco a poco fueran aceptados en la sociedad como "ladinos". Carlos Vilas, "Redes de familia, democracia y modernización en Centroamérica", IHNCA, *Revista de Historia*, 8 (1996), 12.

[31] Steven White, "El viaje escatológico en la poesía de Joaquín Pasos, Vicente Huidobro y T.S. Eliot", en *La poesía de Nicaragua y sus diálogos con Francia y Estados Unidos*, México D.F.: Editorial Limusa (1992), 147. Aquí White cita un artículo titulado "La vida es muerte: juguete trágico", publicado en *La Prensa Literaria* el 5 de mayo de 1984 y tomado de uno de los cuadernos de apuntes de Pasos.